

La sociedad civil popular
del poniente y sur de Rancagua
(1930-1998)

GABRIEL SALAZAR

Colección Estudios Sociales
Ediciones SUR



© Gabriel Salazar, Santiago, 2000

© De esta edición y maqueta: Ediciones SUR, Santiago, 2000
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago de Chile
edicionessur@sitiosur.cl

Inscripción RPI n° 117.131
ISBN n° 956-208-059-5

Edición de texto:	Paulina Matta
Diseño portada colección:	Allan Browne, Manuel F. de la Maza, Salvador Verdejo Pocuro 2016, of. 31. Providencia, Santiago Fono: (56-2) 269 8489 • Fax: (56-2) 269 0798 ver@entelchile.net
Fotografías interior:	© Paula Rodríguez M.
Diseño y composición:	Paula Rodríguez M. / Ediciones SUR Fono: (56-2) 235 8143
Corrección de pruebas	Edison Pérez
Gestión editorial:	Luis Solís D.
Impresión:	LOM Ediciones Concha y Toro 25, Santiago Fono (56-2) 672 2236 • Fax (56-2) 673 0915 impresos@edicioneslom.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Contenido

PREFACIO, 9

CAPÍTULO I

LA MEMORIA FUNDANTE: NIÑOS Y JÓVENES DE AYER (1930-1965), 15

- Memoria social y sociedad civil, 15*
- La memoria de la tierra, 18*
- La memoria de los ‘fundadores’, 20*
- La memoria del agua, 23*
- La memoria de los juegos, 25*
- La memoria de los deberes, 26*
- La memoria mágica, 28*
- La memoria pública, 29*
- La memoria de la fiesta, del amor y de la época, 31*

CAPÍTULO II

LA MEMORIA CÍVICA DE LOS NUEVOS “FUNDADORES” (1965-1998), 34

- La memoria empeorada de las generaciones emergentes, 34*
- El emparejamiento, 36*
- La dramática memoria del “proveedor” y la memoria cívica de la autogestión comunitaria, 40*
- La memoria del liderazgo autogestionario, 51*
- El desafío infinito de las “nuevas nidadas”, 56*

CAPÍTULO III

DE LA MEMORIA CRÍTICA Y DE LA RED SOLIDARIA

DE LOS “CABROS CHICOS” (1983-1998), 59

- Crisis neoliberal y “malestar privado”, 59*
- Crisis y violencia doméstica: la memoria de los colegios populares, 61*
- La red solidaria de los “cabros chicos”, 66*
- La breve memoria autónoma de Juan Machuca, 14 años, 71*
- La memoria dual de Marcela: trabajadora y estudiante, 73*
- Entre la memoria de la crisis y la memoria de la solidaridad, 75*

CAPÍTULO IV

LA RED SOCIAL DE LOS “CABROS JÓVENES”:

IDENTIDAD Y SOSPECHA (1973-1998), 77

- De ‘cabro chico’ a ‘cabro joven’ o la memoria de los que sobran, 77*
- De la ruptura del vínculo vecinal al acecho policial, 81*
- De los grupos esquineros: amistad, tiempo libre, espacio, identidad, 86*
- Participación juvenil: de la “onda show” a la “onda comunal”, 96*
- La ideología del “estar ahí”: utopía y crítica, 102*
- Ideología y práctica del “no estar ni ahí”, 104*
- ¿Qué trascendencia histórica tiene la lucha de las incesantes “nidadas” de jóvenes pobladores?, 111*

CAPÍTULO V

RED, ORGANIZACIÓN Y AUTORIDAD

EN LA SOCIEDAD CIVIL POPULAR, 113

Red y dirigencia en la sociedad civil popular, 113

Las redes asociadas a la dirigencia femenina, 118

Las redes asociadas a los actores masculinos, 132

*La sociedad civil popular como entretejido de redes
y transición ciudadana, 156*

CAPÍTULO VI

LAS ESCUELAS, LAS PROFESORAS:

¿ACTORES DE LA SOCIEDAD CIVIL POPULAR?, 158

¿Para quién trabajan las escuelas 'sociales'?, 158

Las escuelas de los sectores Sur y Poniente de Rancagua, 162

*Los profesores como sujetos y actores sociales en
la comunidad marginal, 170*

CAPÍTULO VII

SOCIEDAD CIVIL POPULAR Y SISTEMA POLÍTICO FORMAL:

¿RELACIONES EN TRANSICIÓN?, 180

Bases de la 'forma vecinal' de hacer política, 180

La política nacional: ¿una preocupación desechable?, 184

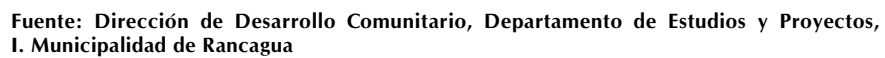
El 'nuevo' municipio: ¿agente estatal o actor cívico local?, 188

CONCLUSIONES, 197

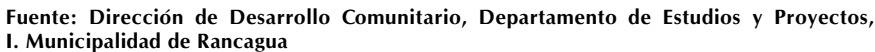
Plano de la comuna de Rancagua



Fuente: Dirección de Desarrollo Comunitario, Departamento de Estudios y Proyectos,
I. Municipalidad de Rancagua



Fuente: Dirección de Desarrollo Comunitario, Departamento de Estudios y Proyectos,
I. Municipalidad de Rancagua



Fuente: Dirección de Desarrollo Comunitario, Departamento de Estudios y Proyectos,
I. Municipalidad de Rancagua

Prefacio

Se trataba de recuperar la memoria social de los pobladores del poniente y sur de Rancagua.

Para el Municipio (y en particular para su alcalde, Darío Valenzuela), se trataba de un estudio importante, porque la Corporación necesitaba y necesita conocer a cabalidad la 'identidad histórica' de ese sector de la comunidad rancagüina, a fin de co-gestionar mejor, con *participación* efectiva de los pobladores mismos, sus políticas de desarrollo local.

Para SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación, que coordinó y ejecutó el estudio, éste formaba parte de un proyecto institucional de fortalecimiento de las bases culturales que busca maximizar la participación popular en los asuntos públicos, a fin de profundizar en el país el poder de los ciudadanos y el proceso global de democratización*.

Para los historiadores que asumieron profesionalmente la tarea de diseñar y realizar el estudio en terreno (el que suscribe y su colaboradora, María Stella Toro), se trataba de que los mismos pobladores, en tanto sujetos y actores de su propia historia, pudieran no sólo 'recuperar' su memoria y su pasado (perfilando mejor, así, su identidad), sino también, al

* El trabajo de investigación que dio origen a este libro contó con el financiamiento de Cordaid (Holanda) y del Programa Andino de Fortalecimiento Municipal y ONG para el Manejo Ambiental hacia el año 2000 (PANA 2000), patrocinado por IEPALA (España) y KATE (Alemania), con fondos de la Unión Europea.

‘sistematizar’ sus recuerdos, sistematizar también sus opiniones y aun decisiones respecto a su situación actual y futura. Interesaba que ellos construyeran por sí mismos —en lo posible, colectivamente— un diagnóstico histórico de su pasado, de su situación presente, como también de su proyección futura. En el entendido de que ese diagnóstico debería serles útil, sobre todo, para potenciar su propia acción, y la autonomía cultural de la misma.

10 Sólo los pobladores mismos no manifestaron, de antemano, fines u objetivos para semejante proyecto (aunque, desde mucho tiempo atrás, y de manera espontánea, habían estado recordando juntos). De modo que no conocieron el proyecto en sí hasta el día en que fueron ‘invitados’ a participar en él. Se les informó que el estudio se concentraría selectivamente en el gran archivo de sus propios recuerdos. Que, en virtud de eso, como no se iba a trabajar ni en los archivos públicos del Estado ni en los del Municipio, la perspectiva iba a ser, *sólo*, la de ellos mismos. La de ellos, en tanto que sujetos y actores de la historia local. Que no se iba a adoptar aquella clásica perspectiva ‘desde la Ciencia’ o ‘desde el Estado’ que los asumía como fríos objetos de estudio o pasivos “beneficiarios” (cuando no, como meros números o porcentajes). Al contrario: que la perspectiva que se iba a usar era la que se afincaba en ellos mismos, en ‘sus’ recuerdos, en ‘sus’ miradas, ‘su’ voz y ‘su’ opinión general sobre las cosas. Que, por tanto, era indispensable recoger y sistematizar esos recuerdos y opiniones, tarea que no podía hacerse sino por medio de la metodología llamada de la *historia oral*, lo que implicaba programar una serie de diálogos, conversaciones y entrevistas individuales y de grupo. Y, además, varios talleres o grupos de discusión para que ellos pudieran participar no sólo en la ‘recolección de sus testimonios’, sino también en la fase de ‘interpretación y sistematización’ de su memoria colectiva. Porque, en último análisis, el estudio debía ser una actividad interna, orgánica, del *mismo* proceso de desarrollo cultural de las poblaciones consultadas, y no algo ajeno o externo a él. Pues es dentro de ese proceso donde la nueva y emergente ‘ciudadanía popular’ está madurando y auto-potenciándose. En las poblaciones de Rancagua, como también a todo lo largo y ancho de Chile.

Los pobladores acogieron positivamente la idea, porque —según dijeron— en muchos sentidos, los interpretaba. Se formó así un equipo de trabajo (de entrevistadores y coordinadores), en el que formaron parte grupos voluntarios de pobladores, profesoras del sector, funcionarios del Municipio, y los historiadores mismos. Era un equipo de trabajo, pero, al mismo tiempo, una muestra que intentaba ser representativa de la comunidad local.

El proyecto era, sin duda, vasto y ambicioso: los sectores sur y poniente de Rancagua constituyen casi un tercio de lo que es, en rigor, una ciudad intermedia. El proceso de entrevistas (grupales e individuales) y de transcripciones de entrevistas avanzó, pues, lentamente, alargándose entre mayo de 1998 hasta comienzos de 1999. Se entrevistó a jóvenes, profesores, niños, autoridades locales y funcionarios municipales, dirigentes de Juntas de Vecinos y también de clubes deportivos, grupos de tercera edad, Cen-

tros de Madres, Talleres Productivos, etc. En este sentido, se procuró explorar todas las hebras de la densa madeja que constituye la comunidad popular de esos sectores. Así se llegó a reunir una masa de recuerdos de volumen considerable, variada, en muchos casos complaciente y placentera, pero en otros, también, tensa, angustiosa y crítica.

No fue posible, sin embargo, llegar a todos los rincones, ni conversar con todos los actores importantes del sector. Las profundidades históricas de una comunidad popular son tales y de tal naturaleza que necesitan, para ser adecuadamente exploradas, no sólo de mucho más tiempo del que habitualmente se dispone para realizar 'un proyecto', sino de un equipo totalmente dedicado a esa tarea. El esfuerzo realizado fue notable, pero, sin duda, no suficiente. De este modo, al cabo de un año y más de trabajo, se llegó a disponer de una enorme y respetable masa de recuerdos y testimonios directos de los pobladores, pero no del tiempo ni del equipo necesario para completar, según fue planificada, la etapa de 'sistematización colectiva' del material reunido. O sea, precisamente aquella en la que los pobladores deberían haber participado no sólo en calidad de entrevistados o informantes, sino también en calidad de sistematizadores y, sobre todo, de 'intérpretes' de su propia historicidad.

¿Es el destino de los 'micro-proyectos' de investigación (de desarrollo y/o de consultoría) acoplarse con dificultad, de modo poco orgánico, a los procesos culturales internos, profundos de la comunidad popular?

Como quiera que eso sea, a la altura de marzo de 1999, no le quedó otro camino al historiador encargado que sistematizar por sí mismo el conjunto de recuerdos y testimonios recogidos; en el estricto entendido de que esa tarea sólo podía realizarla si —y sólo si— asumía la *misma* perspectiva de los pobladores, su misma lógica y, no lo menos, sus mismos sentimientos. No podía, por tanto, actuar como si se tratara de un mero académico: neutro, distante y objetivo, sino como un historiador que hubiera estado viviendo —lo que, en último término, será siempre una ficción metodológica— en sí mismo los procesos testimoniados por los pobladores. Como si todo hubiese sido, en él, una experiencia propia. Es esa sistematización (sustitutiva) la que, en este texto, se entrega.

Debe asumirse, por tanto, que esta síntesis —hecha en la ficción de que el historiador es 'otro' poblador— es una síntesis 'de trabajo', y no una 'verdad histórica' absoluta, categórica, última y definitiva. Una síntesis que, deseablemente, debería ser tomada como un *material de trabajo* para *continuar* desarrollando el proceso cultural dentro del cual se incubaba, madura y crece el nuevo tipo de ciudadano popular que se observa en Rancagua y en otros lugares del país. Debería asumirse como lo que es; es decir: como un 'insumo' para ser utilizado en el avance de un proceso social mucho más complejo que está, aún, en una fase inicial de desarrollo. Como una 'acción científica' de nuevo tipo, que se valida como tal en la medida en que vuelve y retorna, como otra materia prima, al proceso histórico que la inspiró.

Con todo, es preciso señalar que, al redactar la síntesis, se hizo evidente que el peso histórico de los testimonios era, por sí mismo, tal, que el historiador no podía sino dejarse ‘arrastrar’ hacia ciertas conclusiones. La obvia simpatía del historiador por los actores entrevistados sólo sirvió, por tanto, para ‘acompañar’ (no para imponer) el desenvolvimiento lógico de la interpretación, dado que los recuerdos se combinaban unos con otros llevados por su propio peso. La simpatía del investigador por los pobladores investigados (que en la ciencia histórica positivista daría lugar a una acusación por delito de subjetividad), por tanto, tendió a convertirse en una cierta dosis de ‘retórica’ literaria y/o teórica, o, incluso, en un cierto ‘entusiasmo interpretativo’, sobre todo cuando la lógica interna de los testimonios hacía posible iluminar no sólo los procesos de la historia local, sino también los de la sociedad chilena como conjunto.

12

Lo anterior ocurrió, sobre todo, cuando fue necesario identificar el concepto central o la matriz interpretativa que permitiera dar un sentido *global* a la muchedumbre de recuerdos particulares e individuales con que se trabajaba. Pues pronto quedó claro que el concepto de ‘identidad local’ era algo vago y además se hacía estrecho; que el concepto de ‘participación’ o de ‘ciudadanía’ eran, o bien muy político-instrumentales o demasiado evasivos. La riqueza de los recuerdos no reconocía ninguna forma de ningún zapato teórico de moda, o pre-establecido. Es por eso que, finalmente, se optó por utilizar un concepto de marco ancho y dinámica profunda: el de ‘sociedad civil’; pero con un apellido más que obvio: ‘popular’. Porque, a fin de cuentas, el verdadero argumento de esta historia es cómo los pobladores entrevistados fueron construyendo la sociedad civil popular de los sectores sur y poniente de la ciudad de Rancagua; proceso central, a cuyos costados aparecieron, como subproductos, casas, poblaciones, pavimentos, luminarias, alcantarillados, escuelas, etc.; es decir, la ciudad o la materialidad de una sociedad que se fue formando a sí misma. A pulso. Colonizadora y casi heroicamente. Pues los testimonios revelan que los pobladores, pese a sus carencias (muchos analistas optan, a veces, por identificarlos únicamente como ‘pobres’ o, peor aún, como ‘beneficiarios’), son, sobre todo, *constructores* de ciudad e incansables *tejedores* de comunidad. Tanto así que —como se verá—, teniendo a la vista la patente demostración de ese poder constructivo, el rol específico del Mercado, del Estado, del Municipio y de otras agencias parece ser sólo un rol instrumental, lateral y meramente coadyuvante. Que en muchos casos —es preciso decirlo— el rol de esas agencias ha sido francamente marginal. Y que, respecto a los “cabros chicos” y a los “cabros jóvenes”, no sólo ha sido marginal, sino también contraproducente. Casi letal.

Los trabajos de construcción histórica de los pobladores del sur y poniente de Rancagua merecen ser recordados. No sólo por ellos mismos, sino por lo que significan para todos los chilenos. Por la enorme *sinergia social* empleada por los pobladores en esos ‘trabajos’, en contraposición a las grandes dificultades que encontraron y aún encuentran para hallar el justo reconocimiento y el debido apoyo ‘estructural’ a esas realizaciones.

Por eso, no deben ser ‘recordados’ únicamente como algo del pasado, sino asumidos también como un ‘capital social’ que puede y debe ser potenciado como un factor de desarrollo y de cambio sociales, en perspectiva de futuro. Como un poder cívico emergente, que, por ser eso, tiene mucha historia adicional todavía por construir. Y no sólo en lo local, sino también en lo nacional. La proyección histórica de los trabajos llevados a cabo por los pobladores entrevistados es de tal envergadura y significado, que requiere de una categoría o concepto que recoja interpretativamente todo su pasado, toda su profundidad humana y el conjunto de su proyección futura. Sobre todo, como ejercicio espontáneo de ‘sinergia soberana’, que es lo que late a borbotones entre ellos mismos. Es en reconocimiento a esa sinergia que nos decidimos a utilizar el término de ‘sociedad civil popular’.

La historia de la Sociedad Civil Chilena, como se sabe, no ha sido escrita. Estamos tapados con historias sobre el ‘poder’ del Estado, tanto en lo nacional como en lo local. También hay muchos estudios teóricos y descriptivos sobre los ‘neurálgicos’ vaivenes del Mercado. Y no se puede negar que existen, también, no pocas historias ‘políticas’ del conflicto de clases (que tienen por centro, en definitiva, el Estado y las clases dirigentes), pero no hay estudios sobre las relaciones privadas y *comunitarias* entre civiles (en la casa, la calle, el trabajo y las esquinas), que es donde, de hecho, se fragua el auténtico poder ciudadano. Donde circula la verdadera sinergia soberana. Donde está radicada la verdadera sociedad civil.

La sistematización de los testimonios recogidos en los sectores sur y poniente de Rancagua es, en este sentido, un primer y localizado intento por llenar ese vacío. Para mostrar, en un caso local, cómo se va tejiendo la red social de las comunidades, cómo se va estratificando y configurando la memoria social, y cómo se tensan los tiempos pasados y presentes y los ciclos de desarrollo y crisis (que son los que fracturan la memoria y los vínculos inter-generacionales de la comunidad). Es por eso que, en esta síntesis, la ‘sociedad civil popular’ (y su memoria) se expone según vinieron superponiéndose los distintos recuerdos, los cambios de época, los giros continuos de la crisis y la cada vez más difícil inserción de las “nuevas nidadas” generacionales en el ya gastado proceso constructivo iniciado, tres o cuatro décadas atrás, por los ya legendarios “fundadores” de la comunidad local.

Éstas son, en resumen, las claves utilizadas para escribir este texto, que deberían ser las mismas que pueden servir para iniciar su lectura. Habida cuenta de que, para su discusión, muchas otras claves son igual o mayormente válidas. Sólo resta reconocer el enorme aporte de los pobladores y del grupo de jóvenes que contribuyeron con tiempo e ideas en la fase de realización de las entrevistas; la colaboración espontánea y plena de cariño de las profesoras y profesores insertos en las comunidades estudiadas; la decidida e inteligente ayuda de los “monitores todo terreno” del Centro de Desarrollo Comunal del Sector Poniente (de todos, pero, en modo especial, de Jéssica y Hernán) y, por cierto, el profesionalismo de la historiadora María Stella Toro, sin cuya participación no se habría podido completar el ciclo mínimo de entrevistas que

se había programado. Por último, cabe señalar que el estimulante marco institucional proporcionado por SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación, y por la propia Municipalidad de Rancagua, permitió superar las dificultades que se encontraron en la realización de este estudio.

Queremos también disculparnos por no haber podido recoger los testimonios vivos de varios actores populares que, siendo de gran relevancia local, no quedaron incorporados en estas páginas. Entre otros, los vinculados a las redes religiosas, y los que están conectados a las 'redes críticas' (tráfico de droga, infractores de ley, etc.). No hubo tiempo ni equipo disponible para trabajar adecuadamente con esos sectores. Lo que en este texto se dice al respecto está, en todo caso, matizado por el hecho de que nuestro punto de vista (que es nuestra opción epistemológica) es el de los pobladores mismos, cualquiera sea el tenor de sus actitudes y de sus acciones. Esta opción, como puede comprenderse, deja fuera, por razones de método, el punto de vista oficial, estatal y el de la opinión pública formal, que es el que, habitualmente, condena aquellas acciones populares que no coinciden con la legalidad vigente. Esto dice relación, sobre todo, con las acciones que habitualmente realizan los "cabros jóvenes". La crítica externa no está, pues, incluida en estas páginas, razón por la cual el espíritu general que las atraviesa es positivo, de simpatía. Que es el más adecuado, según creemos, para reflejar fielmente, de algún modo, la sinergia social que late por dentro de la historia popular.

Capítulo I

La memoria fundante: niños y jóvenes de ayer (1930-1965)

Memoria social y sociedad civil

Las familias populares que compraron o se tomaron un sitio, que lucharon por levantar su casa, construir 'su' sector de la ciudad y que, a través de esos esfuerzos, aprendieron a ser 'ciudadanos protagónicos', acumularon muchos recuerdos, tantos y tan diversos que demoraron años —conversando y recordando en las calles, casas, sedes y esquinas— en reunirlos, algo desordenadamente, en una misma memoria colectiva, en un complejo patrimonio histórico común.

Al bucear con ellos en la masa de esos recuerdos, fue quedando a la vista la obra común más unánimemente reconocida: la casa propia, la población y un sector de la ciudad. Sin embargo, apareció también otra obra, no menos importante, aunque menos conocida: haber tejido, pacientemente, un bolsón considerable de 'sociedad civil', de tipo popular. Esto es: una comunidad interactuante de 'ciudadanos' con capacidad de autogestión, con memoria colectiva, redes espontáneas, organizaciones formales y, no lo menos, con percepción de problemas que enredan lo nacional con lo local, las críticas particulares con las generales, y con propuestas y decisiones que tienden a resolver los problemas partiendo de lo particular a lo general. Es decir: una comunidad popular, que, en cuestiones puntuales, fue y es capaz de ejercer cuotas significativas de 'soberanía'.

En la memoria de los pobladores adultos —aquellos que reconocen tener más de cincuenta años— que hoy viven en las poblaciones del sur y poniente de Rancagua se pueden encontrar todos los recuerdos que permiten seguir,

paso a paso, cómo formaron su bolsón particular de 'sociedad civil', cómo fueron construyendo su 'forma vecinal', propia, de hacer política, y cómo han ido descartando poco a poco la política tradicional y beneficiando, por carambola, la actual política municipal 'descentralizada'. La memoria popular integra imágenes de diversa temática, lugar y tiempo: sobre lo que fue antes y es hoy el territorio de este sector de la ciudad; sobre las venerables decisiones tomadas por los llamados "fundadores" de familia, casa y poblacón; sobre el intenso ajetreo colectivo para conseguir agua potable o los bulliciosos juegos a campo abierto, que tejieron las primeras redes comunitarias; sobre los deberes y obligaciones del espacio privado y familiar, y los deberes que provenían del espacio público; sobre las leyendas que flotaron sobre el poblamiento primitivo, y sobre el ebullente tiempo cultural, económico y político de la época, que marcó a los primeros pololeos de los más jóvenes y las entretencciones familiares y comunales.

16

La memoria adulta, en sí misma, está formada por paquetes de recuerdos individuales y familiares, pero, también, por la confluencia de esos recuerdos en un fondo común, en una memoria colectiva. Social. Comunitaria. Una memoria que, en todo caso, es más privada que pública; que se corporiza más en el lenguaje oral que en el lenguaje escrito. Que está orgánicamente adherida a la experiencia e identidad históricas de una comunidad concreta más que construida sistemáticamente en los textos y relatos escritos de la historia oficial de la nación. En este sentido, es una memoria que no sólo identifica a los pobladores del poniente y sur de Rancagua, sino que además constituye, para ellos, un capital social y cultural exclusivo, sobre el cual pueden 'girar' para exponer sus opiniones, definir sus actitudes, sus acciones y, en definitiva, para ejercer, a su modo, 'su' soberanía.

La memoria social es, en este sentido, un testimonio fehaciente de las calidades y capacidades cívicas que constituyen, de modo central, lo que es o lo que está en camino de ser una 'sociedad civil' propiamente tal. Lo hecho hasta aquí por los pobladores del sur y poniente de Rancagua (cuya memoria nos sirve de base para describir el estado actual de 'su' sociedad civil) indica que ellos han sabido desarrollar, a un nivel significativo, esas calidades y capacidades básicas.



La feria de animales era un punto de referencia para todos los pobladores.

(Restos del empedrado frente a la feria,
hoy inexistente)

La memoria de la tierra

Los recuerdos de los pobladores del sur y poniente de Rancagua — que fueron niños y jóvenes antes de 1965— concuerdan en que, por entonces, el territorio era más rural que urbano, más abierto y libre que cerrado y reglamentado. Está la imagen del polvo que volaba desde el camino cubriéndolo todo de sequedad blanquecina. La presencia fresca de los bosques y la cercanía seductora de los manzanales, morales y nocedales. El rumor continuo del río y del agua corriendo por las acequias. Pero también surgen las imágenes —algo más vagas— de los fundos que enmarcaban el espacio rural, y de los dueños de fundos que, por diversas razones, comenzaron, desde más o menos 1950, a vender y lotear sus tierras. El suelo empezó a cuadricularse de otra manera: ya no por fundos, sino por sitios y parcelas. La tierra, como naturaleza, se ofrecía igual que siempre a los ojos de los niños, pero la ‘propiedad’ comenzó a ser sentida, por sus padres, de modo distinto. Algo importante estaba cambiando sobre las cabezas de todos. Sin embargo, los niños siguieron jugando a campo abierto. Eran, más bien, sus propios padres los que presintieron que se aproximaba un tiempo crucial, de grandes decisiones. Un tiempo decisivo, que marcaría el destino de todos.

18

—Éramos casi más del sector rural que otra cosa —recuerda la señora Isabel, de la población San Francisco—; todavía no se hacían las poblaciones que hay ahora... Esto era un fundo, que se llamaba San Francisco... que se fue vendiendo cuando quedó viuda la señora del dueño del fundo. Se fue vendiendo por parcelas y después por loteo. Lote uno, lote dos, y así...

—Mi padre decía que esto era un fundo de una señora viuda —agrega la señora Lidia, de la misma población— y estaba todo sembrado de nogales, almendros y duraznos. Era como una quinta inmensa.

—Baquedano era puro campo —terció la señora Irma Faúndez—, todo era viñedo, manzanares; pura agricultura. Todos los dueños eran agricultores. Mi abuelo era dueño del molino p’abajo, y eso cubre hoy más de siete villas. Al principio habían chancheras y yeserías.

—Aquí mismo— cuenta don Aurelio, de Punta de Cortez—, en lo que eran los fundos La Granja, El Milagro y San Ramón, había un bosque tremendo de grande. Entonces don Federico, dueño de La Granja, fue vendiendo por partes, por parcelitas. Así se fue parcelando esto y modernizando.

En la retina de los niños, sin embargo, siguió preponderando la tierra como paisaje más que como sistema de propiedad sujeto a cambios estructurales. Ciertas imágenes podían tener, en este sentido, una fuerza pictórica capaz de grabarse en la memoria de modo indeleble. Como una obra costumbrista magistral, que pudo transmitir, mejor que otras, la ‘identidad local’ de la tierra en que se vivía. Las imágenes que, en este sentido, registró don Aurelio, son dignas de transcribirse in extenso:

—Yo nací donde Los Ortices, en 1937. Yo conocí este camino cuando era totalmente de tierra. Había unos tremendos morales a ambos lados y eucaliptus viejos como de 35 años, calculo yo. Así conocí las tropillas de burros y mulas que pasaban tirando pa' Rancagua; pasaban a las cinco de la mañana. Los cabros pasaban cantando, tocando música. Ellos trabajaban toda la semana pa' ir a vender su leñita en cualquier parte ahí en Rancagua: en los restoranes, en los hoteles; porque en ese tiempo no habían cocinas a parafina ni a gas. Bueno, y pasaban a esa hora los burros cargados con leña; eran tropas de 20 o 25 burros o mulas. Les decían 'muleros'; los otros eran los 'andineros'. Los 'andineros' cargaban los mismos animales, pero con unos canastos grandes a los lados, unos canastos grandotes. Ahí llevaban plantas, limones, duraznos, peras y todas esas cosas. Las iban a vender aquí cerca. Entonces, como le digo, todo este camino era un trajín de carretas y carretelas de fierro (no hablemos que eran de goma). En ese tiempo estaba el Puente Viejo, del que todavía quedan demostraciones, y como era poco el tránsito, los vehículos que iban para allí daban la mirada a la Puntilla, allá arriba, a ver si venía algún vehículo, carretela o carretilla, se paraba a este lado para darle la pasada, y cuando pasaba, se iba para arriba de la cuesta, porque aquí la Cuesta de Lo Miranda siempre ha sido igual. Ahora está pavimentada, pero antes era pura tierra. Cuando pasaba una carreta tirada por bueyes y cargada de sandías y melones, dejaba los tremendos hoyos. Detrás de la carreta pasaban dos bueyes más. Y llegaban ahí, al Tropezón. Ahí el canal grandote tenía como un sacado, y había una cuestión grande, como una laguna. Ahí estos caballeros anclaban las carretas, les ponían unas trabas y dejaban que los bueyes tomaran agua. Y ahí se amanecían estos caballeros. Hacían fuego, comían carne asada, tomaban té o vinito y esta cuestión de aguachucho (que le llamaban también aguardiente) y más o menos a las seis de la mañana se daban largona para vender sus sandías y melones. Esa era la locomoción que había. Como le contaba, todos los caminos eran de tierra...

19

Para otros niños, los recuerdos del espacio se anudaban en torno a la Feria de Animales. La Feria era una verdadera frontera entre el emergente poblamiento y la vieja ciudad, entre el ir y venir de sus vidas cotidianas. Se la hallaba al entrar, o al salir; cuando se iba al colegio o cuando se iba a buscar agua. "Del tiempo que yo recuerdo —dice la señora Isabel Rosales—, más o menos desde los siete u ocho años, teníamos ahí a la entrada una feria de remate de animales". Y agrega:

—Las calles estaban sin pavimentar, no teníamos las luces de ahora y tocaban unas campanillas para llamarnos... Como era sector rural, bueno, a nadie le extrañaba de que hubiera una feria, de que pasaran animales por ahí, de que uno tenía que pasar por entremedio de los animales de repente. Entre las carretelas y todo eso. Uno, como cabra chica, como que no le interesaba eso...

De tanto verla, claro, no tenía el interés de lo novedoso, pero la Feria, aparte de colorido, olores, ruidos y de movimiento, era un centro de reunión y vida colectiva: todos iban allá a llenar sus baldes de agua, porque allí estaban los únicos grifos donde podían conseguirla. Así, la Feria se instaló para siempre como un potente recuerdo colectivo. "Yo tenía siete u ocho años —recuerda la señora Clementina, del Centro del Adulto Mayor,

de la población San Francisco— y esto era puro potrero. En la noche había que ir a buscar agua, porque daban agua aquí, a la salida de la Feria... A la entrada de la Feria habían crianzas de chanchos, en plena calle”.

En cambio, para los que vivieron su niñez en el Sector Sur, la tierra no se configuraba como un camino rodado por carretas o recuas de mulas ni como un pintoresco punto de reunión, sino como una combinación de riberas de río, lagunas, bosques, barrancos y potreros. Allí, las actividades agrícolas o ganaderas de los dueños de fundo casi no habían modificado el paisaje original. Luis Muñoz, de la población Dintrans, recuerda:

—Era como un sueño esta vida: bosques cerca, laguna, río. Acá, frente a la sede comunitaria, había un bosque de eucaliptus, con sauces, barrancos... Habían sapitos, culebras, lagartijas, era una cuestión así como de otra onda...

La memoria de la tierra —en los recuerdos de la población adulta— se configura como un trasfondo bueno, casi paradisíaco. Como un vínculo positivo hacia la naturaleza que, sin duda, parece haber sido y ser algo más que una imagen puramente infantil. Es un piso básico sobre el cual se fueron construyendo los otros recuerdos. Como un tributo que rinden los adultos a su propio pasado.

La memoria de los ‘fundadores’

Los padres intuyeron que debían arriesgarse, tomar decisiones propias y lanzarse a la conquista de una parcela, un sitio o una casa. Los niños, con profundo respeto, grabaron los momentos en que sus padres dieron, con ese propósito, los pasos decisivos. Y ello ocurrió cuando muchos de ellos aprovecharon el momento en que los dueños de fundo comenzaron a lotear sus fundos y propiedades. “Fue entonces, justamente, cuando el papá mío —cuenta don Aurelio— compró una de estas parcelas”.

—Mi mamá, que se llamaba Laura Fuentealba —recordó la señora Isabel—, compró varios lotes. Tuvo una casa-quinta preciosa. Y bueno, cuando murió el papá (de quien yo no tengo muchos recuerdos) vendió todo eso y compró aquí. Empezó a construir aquí. Y de ahí ya estamos acá. Yo nací en las parcelas de la calle 21 de Mayo y llegué aquí de dos años. Así que mis raíces están acá... Ha ido desapareciendo mucha gente de entonces, pero todavía hay. Tenemos al señor Luna, mi vecino. El compró terrenos después que compró la mamá. Así que somos vecinos y nos hemos criado juntas con sus niñas. Podemos hablar del señor Marticorena, que también fue uno de los fundadores. Su hija y familia siguen enraizados por acá.

—Yo llevo viviendo acá desde los años 40 —nos dijo otra de las señoras que asisten al Centro del Adulto Mayor ‘Años Felices’— y antes esto era un puro peladero. Eran potreros que después vendieron. Mis pa-



Los “fundadores” (y sus parvadas de niños) provenían de distintos lugares. Algunos, de otros sectores de Rancagua; otros, de diferentes provincias.

dres compraron y me vine al lado de ellos; mi padre trabajaba en la Compañía de Electricidad y compró aquí, en esta Población.

Don Cantalicio, también de la población San Francisco, dijo que él compró una propiedad en 1952, en la Avenida Francia 279. Venía de Curicó, y “desde esa época que estoy en esta Población”. El papá de la señora Clementina también “compró una parcelita cuando empezaron a vender, porque esto era un fundo... mi papá era minero de arriba, de El Teniente”. La mayoría de los compradores trabajaba en la Compañía de Electricidad, de acuerdo a lo que cuenta la señora Lidia, del Centro de Madres de la población San Francisco:

—Se agruparon y compraron estos sitios y así empezaron a construir todos ellos como podían, de adobe, de madera. La mayoría fueron de adobe. Mi padre fue el segundo en llegar acá. Se formó, para comprar los terrenos, una cosa parecida a una cooperativa. Pero después de la compra a la mayoría de ellos les llamaban ‘parceleros’; todos eran parceleros los que habían acá en la Población. Sin luz, ni agua; ranchitos, puros ranchitos.

—Como en los años 40 —terció la señora Clementina— un caballero se compró un terreno, una parcela grande e hizo todas estas casas. Son como nueve casas iguales. Ahí vendían todas las parcelas, que eran de 20 por 30, y ahí las compraban de a dos o de a tres, pero todas eran de esa medida, de 20 por 30...

Por su parte, el abuelo de don Orlando Celis, de la población Patria Joven “era dueño de toda esa parte donde está ahora la Central de Leche”.

22

Los “fundadores” de las primeras poblaciones del Sector Poniente de Rancagua fueron, pues, en su mayoría, o descendientes de antiguos propietarios, o compradores de los lotes que comenzaron a vender los dueños de fundo. Es por eso que se consideraron como pobladores-parceleros que, en todo caso, tuvieron que construir por sí mismos las casas (de adobe) que habitaron.

Los pobladores de la población Las Tranqueras, en cambio, se habían tomado un terreno “que estaba en el sector de Punta de Cortez —cuentan las señoras Lucrecia Mori y Carmen Valdebenito y Cristián Moerbeck, de esa Población—, a un costado de la línea del ferrocarril”. Pero los sacaron de ahí porque, según decían, iba a pasar un canal de regadío por allí mismo, y además por el terremoto de 1985. “Nos sacaron por terremoteados el 85, nos cambiaron y nos vinimos aquí”.

—Llegamos aquí más o menos por octubre de 1985 —agregan las señoras Lucrecia y Carmen—, según nos fueron desarmando nos iban trasladando. Fue en pocos días... Cuando sucedió el terremoto... había gente allá que tenía sus casas de adobe y se vinieron abajo. Postulamos al subsidio de los damnificados y, gracias a Dios, salimos favorecidos...

Distinto fue el caso de las primeras familias pobladoras del Sector Sur que, cuando ya no pudieron seguir arrendando sitios en otros lugares, se instalaron, una a una, en la misma ribera del río. El relato de don Eduardo Cáceres, Presidente del Sindicato de los Areneros es, en este sentido, elocuente:

—Llegamos aquí a la Dintrans como en 1967. Allá, a la ribera del río llegamos todos por la necesidad de dónde vivir y por el problema que había de andar arrendando. En el caso de mi familia, ellos arrendaban, pero llegó el momento en que no se pudo pagar el arriendo, no por no querer, sino porque no se podía... La familia la formaban mi padre, mi madre y mis cuatro hermanos; somos cinco en total los hermanos: una mujer y todos los demás hombres. Yo soy el penúltimo y mi hermano, que vive al frente, el menor. Eramos niños, yo llegué aquí como de once años y medio.

Los “fundadores” (y sus parvadas de niños) provenían, pues, de distintos lugares. Algunos, de otros sectores de Rancagua; otros, de diferentes provincias. Algunos eran trabajadores de la mina El Teniente o de la Compañía de Electricidad; otros eran hijos de medianos y pequeños agricultores. Pero todos, sin embargo, tuvieron el mismo estatus en la memoria de sus hijos: fueron los “fundadores”. Una especie de aristocracia de hombres y mujeres esforzados, buenos, emprendedores. Una especie de elite en la que todos fueron (o son) iguales entre sí: dignos “parceleros”. Una generación legendaria, que trazó la etapa más antigua y, por tanto, ‘heroica’ de la historia local. En todo caso, un grupo pionero de *padres familias*, cuyos hijos, al relacionarse entre sí bajo el alero de tal tradición, dieron vida y continuidad a una compleja y dinámica sociedad civil popular.

La memoria del agua

23

Los padres fundadores (“caballeros fundadores” los llaman en otras poblaciones) supieron construir un prestigio, una memoria y un estatus común. Los niños tuvieron de ellos algo así como un recuerdo colectivo: de recordar a uno, de inmediato se recuerdan de los otros, como en cadena. Pero los niños mismos ¿tuvieron recuerdo de sus propias acciones? ¿Participaron como actores en algún proceso o una situación que se haya configurado como un hecho digno de recordar por sí mismo? ¿Contribuyeron también a tejer los hilos de la sociedad civil o comunidad local?

Los testimonios indican que sí, que contribuyeron también a tejer los hilos de la comunidad de diversos modos. Un recuerdo clave en este sentido es, por ejemplo, lo que puede denominarse como “la memoria del agua”. En el nuevo poblamiento —que se levantó en pleno territorio rural y tuvo desde el principio un carácter precario— faltó el agua. O sea: un elemento absolutamente básico para la vida. Los flamantes pobladores tuvieron que esforzarse por conseguirla día tras día en las acequias, pilones o en los únicos grifos disponibles en las cercanías. Tal esfuerzo fue individual (del que iba a llenar los baldes), familiar (se debía organizar el suministro de agua para la subsistencia) y de toda la comunidad (que debía negociar con propietarios o autoridades el uso de los grifos respectivos). Fue evidente que la población en pleno debió moverse como ‘comunidad’ —como si fuera un solo actor— para asegurar el suministro de tan precioso elemento. Y no fue menos importante la necesidad de “aclarar el agua” (era inevitablemente barrosa) para su consumo, problema que, por su par-

te, movilizó el ingenio colectivo: unos a otros debieron comunicarse las técnicas y procedimientos para purificar, por medios caseros, el líquido tan trabajosamente obtenido.

La movilización por el agua es un recuerdo que está vivo en la memoria de viejos, jóvenes y niños. Sin embargo, de más está decir que los principales recolectores y acarreadores de los tarros y baldes fueron los niños y los jóvenes, quienes, en las demorosas 'colas' que inevitablemente había que hacer, se conocieron, conversaron y trabaron amistad. Fue allí donde su 'vecindad' estática se convirtió en 'comunidad' dinámica. Y fue en esos mismos intercambios donde se enseñaron unos a otros las consabidas técnicas caseras para aclarar el agua.

—De lo que yo recuerdo es que no había agua potable —dice la señora Isabel—; había una acequia que pasaba por aquí al frente, justo acá al medio. Uno tenía que sacar el agua de ahí y ponerla en una pileta. Se le echaba lumbre para que se aclarara y eso nos servía para lavar la loza y todas esas cosas. Y nadie se enfermaba por esos años. Después hicieron un pilón, entonces ahí teníamos que ir con chuiquitas o con jarritos para buscar agua potable. Pero estábamos felices porque era agua potable...

—Sufrimos mucho por el agua —comentaron a coro las socias del Centro del Adulto Mayor—; primero íbamos a buscarla aquí a la salida de la Feria, donde había un bebedero pa' los caballos. Después ahí no nos dieron más agua porque la gente comenzó a mojar y ensuciar. Así que de ahí fuimos al Seminario (en esos años la Iglesia era un Seminario), y ahí pasó lo mismo otra vez. De ahí nos fuimos a la Estación, y allí la cosa fue peor: la gente lavaba los pañales de las guaguaitas, botaba la suciedad. Y después ya no tuvimos dónde ir. Entonces pusieron unos pilones, cuadra por medio. Pero qué es lo que pasaba, si sacabai agua allá, no salía p' acá. Así que sufrimos mucho.

—Para buscar agua —recuerda la señora Clementina— íbamos en la noche como a las dos de la mañana; se hacían colas. Y había otra llave, pero había que atravesar la línea del tren.

Los pobladores de Las Tranqueras, en cambio, sacaban agua "de una acequia que había detrás", con la que enjuagaban la ropa, lavaban los pañales y cocinaban. Después comenzó a pasar un carro que dejaba agua casa por casa, tres tambores por cada casa.

—Pero sucedió después de hartos años. Estuvimos no sé cuánto tiempo tomando agua de la acequia —cuentan los pobladores—, teníamos que ir hacia el río para allá, a una acequia que nunca fallaba. Atravesábamos un potrerito y ahí llegábamos. En baldes y tarros había que acarrear el agua.

Y no fue distinto el problema para las familias fundadoras del Sector Sur de Rancagua. Para todos, sin embargo, el "acarreo del agua" fue una actividad forzosa, pero al mismo tiempo 'social', puesto que los reunía, los obligaba a ir juntos hasta la acequia, el pilón o la llave. Y 'social' era también el enjuague de la ropa, y el lavado de los pañales. El agua los unía. El agua los inducía a trabajar juntos, en grupo, y a conversar. El agua los convertía en asamblea para discutir, precisamente, el problema del agua. Los niños crecieron socializándose en la cotidiana tarea de resolver este específico e importante problema. Es por esto que la 'memoria del agua' es hoy casi una leyenda, que late en la memoria de todos. En particular, en la

de los niños de entonces. Es uno de los mitos fundantes de la comunidad popular.

La memoria de los juegos

Fue bajo la cúpula protectora de la memoria de la tierra, de los fundadores y del agua que los niños de entonces tejieron sus propias redes de amistad y desarrollaron sus juegos y su propia tradición. Recuerda la señora Lidia:

—Nuestra infancia fue libre, porque los sitios estaban divididos por alambres solamente. Nos juntábamos todos los niños vecinos en ese tiempo. Nos juntábamos en la calle. Locomoción no había, sólo una victoria o alguna carreta o carretela. Mi padre con los papás de ellas eran compadres. Si aquí como que todos éramos una familia; así que nosotros nos conocemos con la Carmen desde niñas. Y mis papás eran compadres con los papás de la Pamela. Mis papás eran los padrinos de la Sonia. Y eran compañeros de trabajo también.

—Fue una época bonita —piensa la señora Clementina— porque yo me recuerdo que cuando estaba la noche clarita, así, nosotros saltábamos y jugábamos con mis hermanos, que eran seis, y nos juntábamos con los otros vecinos. No había luz eléctrica ni nada; se usaban esas lámparas a parafina, esos chonchones que le llaman, como los que usan los mineros arriba. Mi papá era minero de arriba, de El Teniente...

Los niños se sentían seguros dentro de ese entramado de sitios alambrados y dentro de esa como “gran familia”. Nunca salían muy lejos. ¿Para qué? El colegio estaba también cerca, y como que formaba parte de ese emergente tejido social. La comunidad crecía y tendía a absorber y atrapar todo lo que la rodeaba. Como que el emergente poder de sus tradiciones actuara como un gran imán o un gran centro de gravedad en torno al cual tendía a orbitar todo.

—Yo me acuerdo que no se salía mucho —dice la señora Lidia—, porque el colegio estaba a un paso. Nos íbamos los tres hermanos juntos y a la otra cuadra estaba el colegio. Fijate que aquí toda la gente se conoce, todos; incluso gente de la que yo ni me acuerdo me ubican: ‘joye, si ésa es la hija de...!’ Y las familias eran numerosas. Mi padre tenía siete hijas, tus papás cuántas mujeres tenía... ¡diez! Eramos taaaantas, no como ahora...

—Sí, éramos diez y vamos quedando seis...

—Y acá nosotros somos nueve.

—... Y ahora las familias son de uno o dos máximo... Y aquí se casaban con los mismos de aquí... ¡si tenían los pololos cerca!

—Allá en Punta de Cortez todo era diferente —recuerdan a dúo el señor y la señora Martínez, de Las Tranqueras—, porque uno tenía la libertad de ir al bosque, al río o al cerro, cosas así. Los vecinos que teníamos tenían cinco hijos hombres, entonces jugábamos en los patios... Jugábamos a los pistoleros, a andar a caballo en una escoba. Y allí donde estaba el bosque el río quedaba a un paso... Los días domingos, de repente, las familias se juntaban, llevaban canastos con tomates, quesos; nos bañábamos en una laguna que había cerca. Antes era rico. Así pasaba la tarde uno. Había que buscar la manera de que los

chicos se entretuvieran. Y de repente había una excursión al cerro, porque resulta que el cerro era libre, una iba y subía...

¿Fue ésa, acaso, una etapa feliz para los niños de entonces? Luis Muñoz, de la población Dintrans, asegura que sí:

—¿Mi niñez? Súper divertida. Recuerdos positivos, recreativos. Era como un sueño esa vida: bosque cerca, laguna, río... En la noche teníamos juegos: el carrusel, el avioncito, los colores, las sillas voladoras. Toda esa onda: jugábamos al 'caballito de bronce', al trompo, hartos volantes. De repente los adultos, recuerdo, en la esquina de acá, formaban redondelas y se ponían los guantes y se ponían a pelear. Pero siempre así, como en amistad. Fue como inolvidable la niñez aquí en la Dintrans. La que yo viví aquí, en todo caso... Eran cosas bonitas que antes se hacían por acá. Se hacían campeonatos y yo te digo que en los dos costados de la cancha, en los lados laterales, estaba lleno de gente. Se llenaba, estábamos como hasta las doce o una de la mañana jugando acá. Se terminaban los campeonatos y nosotros, al otro día, igual jugábamos, reuníamos hartos cabros chicos y jugábamos a los penales. Y allá abajo había una cancha también... Nosotros al río también íbamos a jugar. Y si nos aburríamos de jugar a la pelota, jugábamos a la guerra. Siempre teníamos alternativas diversas...

26

La 'memoria de los juegos' se instaló cómodamente dentro de las otras memorias, agregando un matiz de felicidad y alegría al tinte majestuoso de la tierra, al tono heroico de los fundadores y al esfuerzo sostenido del agua. Llenó los poros de la memoria colectiva con ese poderoso factor de identidad que es el juicio de que "todo tiempo pasado fue mejor". La memoria de los niños se tejó a partir de su amistad y de sus juegos, como un aliento de frescura que subió hasta la memoria del presente. La mayoría de los adultos entrevistados reveló, en la entrevista, que esa frescura es, aún, un distintivo importante de su identidad actual.

La memoria de los deberes

No todo, sin embargo, fue jugar. Muchos niños de entonces —sobre todo los niños hombres— tuvieron que ayudar al papá a trabajar. Y no sólo para acarrear el agua hasta la casa, pues a veces fue necesario ayudar al padre en el propio trabajo productivo, el que proporcionaba a la familia los medios de subsistencia. Y esos trabajos solían ser pesados. El propio don Aurelio cuenta que, siendo niño, hizo "trato" con su padre para trabajar con una máquina: "Yo mismo en ese tiempo traté con mi papá, contratamos una máquina grande para sacar los troncos". Un 'trato' parecido, siendo niño, hizo don Eduardo Cáceres con su propio padre, para trabajar de arenero:

—Y bueno, me inicié en el trabajo ayudando a mi padre. Lo primero que conocimos de ese trabajo fue llevarle el almuerzo al padre al río. Nos mandaban con una ollita a dejarle y al mediodía íbamos a la escuela... Eso a mí me preocupaba, me preguntaba muchas cosas: ¿por qué esto? ¿Por qué lo otro? ¿Por qué había gente que vivía de otra manera y nosotros vivíamos así? Cuando yo empecé a trabajar, era una alegría muy grande cuando empecé a recibir dinero por mi propio esfuerzo físico. Me convertí en un arenero más en ese tiempo; también, como

mis hermanos y muchos otros muchachos de ese tiempo. Entonces, cuando uno vendía un metro de arena, de material, yo sentía una enorme satisfacción. Empecé a trabajar como a los doce años. Me acuerdo bien que tiraba dos o tres palás a un vehículo y no podía tirar más porque la fuerza no me daba. De eso me acuerdo bien. Nosotros le ayudábamos al papá cuando le íbamos a dejar el almuerzo. Un día le quedó una embancá con pura arena; era una calichera (así la llamábamos nosotros) que él había hecho. Una calichera es una excavación que uno hace y llega el río y la llena de arena. Uno sabe que eso está fácil: es casi puro pasarlo por harnero y hay muy poquita piedra... Y llegó el día en que mi papá me dijo: 'trabaja ahí'. Y me lo dijo para que yo me formara y viera si yo estaba capacitado para convertirme en trabajador. Y así fue: yo harneaba y él me ayudaba, o bien otra persona que hubiese cerca, a cargar los vehículos. Así fue mi inicio como arenero...

Cabe hacer notar que los juegos y trabajos de los niños de ese tiempo eran casi siempre 'cosas de hombres'. Las niñas tenían que adaptarse a los juegos de los niños y en eso no había problema, pero no se veía con buenos ojos que ellas asumieran 'trabajos' de tipo masculino. Lo dice la señora Isabel:

—Pero en esos años fíjate que jugábamos con los hombres y yo sé jugar a las bolitas y elevar volantines. Fue un tiempo bonito, era todo más tranquilo.

Nadie desconfiaba del hecho de que niñas y niños jugaran juntos en las calles, incluso en las noches que "estaban claritas". Pero, como se dijo, no se aceptaba que las niñas realizaran trabajos pesados, que se consideraban propios del hombre. Léase entre líneas lo que relata la señora Lidia:

—Mi padre tenía un taller de fragua, de esos donde hacen herraduras, cosas de fierro, resortes, piezas de vehículos. Nosotras, chicas, le echábamos el aire a la fragua para que calentara los fierros. A él no le gustaba, nos retaba, pero igual estábamos ahí. Mi padre se llamaba Raúl Barrios, pero todo el mundo lo conocía por 'Raulito'. El taller estaba aquí en la calle Huasco con Lourdes, en toda la esquina. Todavía la llaman 'la casa de don Raulito'.

El deber sagrado de colaborar con el padre en el trabajo que daba la subsistencia a la familia creaba lazos solidarios fuertes en las líneas de descendencia varonil, y en la articulación vertical de la comunidad popular. Porque los niños varones tendieron a seguir la línea ocupacional de su padre, testimoniando así la cohesión familiar, pero, a la vez, la dificultad de trazar líneas alternativas de trabajo y desarrollo. Cuenta la misma señora Lidia:

—Las familias se respetaban mucho; se querían. La misma familia de la Martita Huerta, como que toda la familia siguió la tradición, que ha ido de padres a hijos. Tradición total: la de la venta de flores. Esa familia, toda la vida, todos, han trabajado vendiendo flores. Todavía venden flores. Venden flores los hijos de la Martita, los nietos de la Martita; o sea: todos. La Marta tiene ahora un puesto en el centro y está como dedicada a otra cosa, pero sus hermanos siguen vendiendo flores en la calle, con su carretón. Verduras parece que también venden. También estaba la familia Zamorano, que vendían no me acuerdo qué, pero habían muchos caballos allí. Y mi abuela trabajaba en el matadero; ha-

cía cañas para las carnicerías y las mandaba al matadero. Repartían las carnes a las carnicerías (había una o dos en esos años) en un carretón cerrado, tirado por un caballo. Los Hernández trabajaban limpiando la guatita de los animales, faenaban los animales, le hacían la limpieza a los interiores. Uno pasaba por ahí y se sentía un olor...

La memoria de los deberes se inició con el acarreo del agua, se amplió con la memoria de 'ir a la escuela', pero, en definitiva, se consolidó con la memoria del deber de trabajar codo a codo con el padre, la madre y con todos los hermanos. La unidad familiar permitía la subsistencia adecuada de todos, de modo que la idea del 'deber' se ató, fundamentalmente, a la familia, consolidando la identidad ya no tanto del "chacarero", sino del "poblador".

La memoria mágica

Como el territorio es más rural que urbano, con más bosques y manzanares que calles y plazas, con caminos polvorientos hechos para carretas y no para automóviles, las familias (que "se respetaban y querían") conversaban mucho, dentro de sí mismas y entre ellas mismas. Sobre todo de noche, cuando la luz de los chonchones o la luz "clarita" de la luna incitaba a platicar y hacer recuerdos, junto al brasero o frente al fogón a leña. Con los niños alrededor, por supuesto, escuchándolo todo. Era entonces cuando todas las memorias se comunicaban entre sí. Activamente, por vía oral. Cuando se desmenuzaban en nuevos paisajes y rincones, nuevos incidentes, aventuras, escaramuzas, chascarros. Cuando los relatos hervían de vida, hasta levantar una espuma propia, legendaria, mágica. Así, la memoria de todos, oralizada, dejó sitio al 'realismo mágico'. Para que cupieran cuentos y leyendas. Los niños, atentos, registraron nítidamente en su memoria todos los relatos. Toda la magia.

—Había un bosque inmensamente grande —cuenta don Aurelio—, y aparecían chivatos. Era como una visión que había. A varias personas les salió. Cuando pasaba yo por aquí sentía miedo, pero no me salió nunca a mí, pero sí a un caballero amigo mío. Incluso le salió a mi papá; le salió y le dio un topón por aquí por la pierna, y cayó al hospital y en el hospital nunca supieron de qué era el golpe. Lo examinaron y nunca se supo con qué le habían pegado... Después apareció una mujer: la 'llorona'. Esa sí la sentí yo. No sé si sería una persona, una mujer, o sería un pájaro. Pero la sentí llorar, y créame que yo ya tenía unos 19 años. Yo arranqué, porque el llanto no era común y corriente, como de una persona. Era un llanto que a usted el corazón le decía: 'es otra cosa'. Esas cosas pasaban aquí en Punta de Cortez, que se llamaba entonces el Vado de la Punta de Cortez; la única parte por donde se podía pasar el río para El Olivar era por aquí...

Otras leyendas surgieron no de la 'visión' de extraños animales del bosque, ni del 'eco' producido por el llanto de extraños seres, sino derivadas del recuerdo colectivo de personas reales de carne y hueso. Ese fue el caso de las evocaciones que hasta hoy se hacen del general Baquedano y de la suerte corrida por Enrique Ramos —alguna vez dueño de la hacienda La

Yesería—. Dichos personajes fueron, a coro, recordados por las señoras de la Junta Vecinal:

—Dicen que allí llegó el general Baquedano, que era dueño de esa como hacienda, la de La Yesería, la que fue pasando a otras manos hasta que llegó a manos de Enrique Ramos. A éste lo mataron ahí mismo, al lado del Hogar de Menores. La gente comentaba, y todavía comenta, que Enrique Ramos tenía pacto con el diablo. La Adriana me contaba que entonces decían que tenía pacto con el diablo. Era malo con su señora, a la que nunca se la veía en la calle. Él quería mandarlo todo. Yo me acuerdo que íbamos a comprar leche a su fundo y veíamos a la señora, que era un estropajo. No parecía señora de Enrique Ramos. Lo mataron ahí mismo y lo enterraron vivo. Y después que hicieron la población Irene Frei, dicen los de adentro que lo escucharon gritar. Yo no lo escuché, porque vivía afuerita. Yo he oído decir que lo enterraron vivo. Era tan malo, que creo que los mismos trabajadores fueron los que lo mataron. Y esto debe hacer como cuarenta años, porque yo tenía nueve años y vivíamos al lado de la Escuela 31. Y me acuerdo yo que mi mamá nos mandaba a comprar leche acá donde Ramos, que tenía una lechería y unos manzanales. Después le pusieron Avenida Baquedano, porque dicen que el general Baquedano fue dueño de ahí... Bueno, cuando uno estaba chica, captaba todo; increíble cómo se graban las cosas. A mí me gustaba oír las historias cuando se ponían a conversar. Conversaban con mi papá, se reunían con los Naretos; hacían chocladas y conversaban...

Las 'leyendas' son el subproducto del encuentro de todas las memorias de una misma comunidad, el relato de los relatos. La oralidad recreando los recuerdos, pero también recreándose a sí misma. La memoria colectiva pasando de la contemplación de lo pasado a la imaginación viva, creativa, que indica posesión de identidad, sentido de pertenencia a un mismo colectivo arraigado en la tierra e inicio de proyección y acción. ¿Existiría la leyenda del Chivato sin el bosque que colindaba con la población? ¿Se hablaría de la Llorona si los pobladores no se contaran sus experiencias y temores los unos a los otros? ¿Tendría sentido hablar del Enterrado Vivo si los campesinos y pobladores no se comunicaran los unos a los otros sus sospechas acerca de lo que ocurría en esa casa patronal? ¿Existiría el conjunto de esas leyendas y relatos si ellas no hubieran sido contadas muchas veces, en distintos fogones, y transmitidas de diverso modo de padres a hijos y nietos dentro de esa —por entonces— Gran Familia que existía en el poniente y sur de Rancagua?

La memoria pública

Además de las experiencias vividas al interior de la familia propia y dentro de la "gran familia" comunitaria —que, en conjunto, redondeaban una experiencia social más bien privada— los niños de entonces acumularon también la experiencia de relacionarse casi obligadamente, por sí solos, con las personas e instituciones que componían y poblaban el 'espacio público'. Para ellos, esta memoria se configuró, sobre todo, con el deber de ir a, y venir de, la Escuela. Aquí fueron estructurando una memoria crucial. Pues 'ir al colegio' (o venir de él) era, junto con 'jugar en la calle', una

actividad en la que los niños actuaban, casi siempre, solos. Es decir: momentos en que eran más libres e independientes. Cuando, por lo mismo, eran más ellos mismos y podían, por tanto, ser formalmente juzgados o castigados por sus propios actos. Cuando su 'pinta', su aseo y comportamiento eran observados críticamente por más adultos que sus propios padres y vecinos. Ir a la Escuela y venir de ella fue, para los niños de entonces, la primera experiencia del 'espacio público'; de su relación con los 'funcionarios' que actuaban por encargo del Estado (las profesoras) y los 'ciudadanos' anónimos de la calle, que los trataban de modo distinto a los comprensivos adultos de su comunidad.

—En esos años no teníamos locomoción —recuerda la señora Isabel— y yo estudiaba en la Escuela n° 2, que ahora se llama Marcela Paz. Había que levantarse temprano porque había que irse a pie, volver a pie para almorzar y después irse de nuevo, porque en esos años no teníamos jornada completa. Nos veíamos súper primorosas con los delantalcitos blancos. Pero yo, cuando estuve más grandecita, me los sacaba... ¡pretenciosa también la vieja!

Los problemas de ir y volver del colegio obligaban a los niños a tomar iniciativas y a celebrar 'tratos' con los adultos que les pudieran proporcionar un medio de transporte más cómodo o rápido:

30

—Vivíamos antes al otro lado del río —cuenta don Eduardo Cáceres— y de ahí me acuerdo que íbamos a la Escuela que estaba al lado de la Escuela n° 3, si no me equivoco. Nos íbamos a la escuela de a pie, caminando, y nos veníamos del otro lado a pie también. A veces algún carretonero de esa época nos traía, pero muy a lo lejos, porque era complicado para ellos andar con niños, porque no había asientos. Los carretones eran mucho más altos que los de ahora, porque eran 'de golpe'; o sea: de grandes ruedas de madera y llantas de fierro...

Del colegio mismo, sin embargo, los niños de entonces recuerdan más los juegos que desarrollaban en los patios que lo aprendido por ellos en el aula, como se desprende de lo dicho por Luis Muñoz, de la población Dintrans:

—El colegio era súper chico, pero después lo ampliaron. Tenía una pura sala. Para nosotros, en ese tiempo, el espacio no era muy grande: para jugar a la pelota teníamos un espacio de 10 metros por 5. Los pantalones rotos, las camisas afuera, esa onda éramos nosotros acá. Recuerdo que cuando los profesores nos castigaban, nos hacían estar con un macetero en la mano derecha y apoyado en un pie. Ése era el castigo. Los profesores tenían una muy buena relación con los padres antiguamente. Se hacían más cosas en comunidad. Por decirte, antes se hacían fondas y los profesores participaban en las fondas. Después se amplió el colegio y empezamos a jugar en un espacio más grande, pero todo rodeado de mallas de alambre. Todo estaba encerrado de malla. La Población hacía campeonatos en el colegio y, ¿cachai?, los focos eran de madera y con tarros de leche Nido. Así eran los focos. Nosotros nos subíamos a la reja, nos pasábamos a jugar y... cero rollo.

El 'espacio público' era desafiante, duro. Había que cumplir con los deberes o bien tomar iniciativas y arriesgarse. Obligaba a desarrollar recur-

sos propios y a ensanchar la personalidad. Daba lugar a experiencias ‘exteriores’ que podían o no ser llevadas como relatos a la gran red oral que latía al interior de la comunidad. Mientras los niños fueron niños, las experiencias exteriores fueron, de un modo u otro, transmitidas a la red común de los relatos. Pero cuando vino la adolescencia y la juventud, la memoria incorporó nuevos elementos, más privados que públicos, más reservados que comunitarios.

La memoria de la fiesta, del amor y de la época

Así pasó la infancia: entre juegos, deberes y leyendas. En la calle, en el bosque, en el río, o en los patios públicos rodeados de malla. Así se crecía, entre cuadros semi-rurales y una vida cotidiana de la que se guardan, en general, felices recuerdos. La adolescencia y la juventud, por ello, no fueron muy distintas: como que simplemente continuaron, ahora en una nueva fase, la misma identidad común y el mismo tipo de vida esforzada que construyeron los fundadores y sus pequeños hijos. Sobre este mismo sólido trasfondo se formó la memoria del amor.

—Nos conocimos en el colegio —contaron a dúo doña Eliana López y don Antonio Cifuentes, que llevan 52 años casados—; nosotros en ese tiempo estábamos estudiando en el Liceo. Y habíamos organizado una farándula, para la Fiesta de la Primavera. Era como una comparsa. Antonio estudiaba en el Liceo de Hombres... Ahí nos conocimos, cuando estábamos todos en el cagüín de la fiesta. Se armó una comparsa del Liceo de Hombres y otra del Liceo de Niñas, y en la de los hombres faltó un hombre. Y un amigo me dijo: ‘vos soi alumno del Liceo, ¿por qué no entrái a la comparsa?; falta un hombre y hay una mujer huacha’. Yo le dije: ‘¡Ya!, voy, poh’. Y fuimos a una reunión allá por la calle O’Carroll. Llegué a la reunión y ahí estaba la huachita... Y llegué a esta Población a la siga de ella; pololeamos durante cinco años... Yo al Antonio lo conocí a los 17 años y me casé con él a los 21...

Las fiestas de la primavera marcaron, sin duda, la adolescencia y juventud de la mayoría de los niños que crecieron en el sector poniente y sur de Rancagua. Era una época en la que los aires festivos podían soplar fácilmente en cualquier momento, en cualquier lugar: en la Plaza, en las calles, en la casa o en las “quintas de recreo”. Así recordaron esos aires los socios del Centro del Adulto Mayor:

—Para la primavera, el primero de octubre, la gente se iba a la Plaza Los Héroes para festejar. Se hacían bailes en la calle. Iban con disfraces. Era muy hermoso. Eran bonitas las fiestas de la primavera, con challas, con serpentinas; y ahí pinchaban los lolos... bueno, sí, pinchaba yo también. Habían buenas orquestas. Yo tenía como 18 años... Ahí en la calle Baquedano había una quinta de recreo y cuando mi papá venía de vacaciones íbamos ahí a celebrar y bailar... ¡chitas que lo pasábamos bien! Habían hartos pinches que se le acercaban a una. Esa quinta quedaba ahí, pasado el canal, más o menos. Eran hermosas esas fiestas, bailábamos de todo. Todos los fines de semana habían fiestas en esa quinta; la gente de aquí iba a recrearse allá... Había otra quinta aquí en la calle Iquique; era chica; no sé qué le pasó, pero también iba mucha

gente que iba a divertirse ahí. Parece que los nuevos vecinos reclamaron por la bulla y se terminó... Pero la tradición de las fiestas de la primavera se terminó cuando quemaron a esa niña, a la Isabel Carrasco, una de las reinas de las fiestas. Ella era de Rancagua. Fue hace más de cuarenta años, entre 1945 y 1950 tiene que haber sido. Eso salió en los diarios y todo. Parece que el vestido era de papel y alguien le acercó una antorcha y el vestido empezó a incendiarse...

La diversión principal era en familia. ¿Podía ser de otro modo, dentro de la Gran Familia? Es cierto que la fiesta más importante —de la Primavera— adquiría un carácter oficial, colectivo. Pero aun dentro de ellas se cuidaba privilegiar, de algún modo, a la familia. Así, se acostumbraba elegir la Reina de la Fiesta entre las ‘hijas de familia’. En el fondo, la ‘majestad’ provenía de la dignidad alcanzada por las familias creadas por los ‘fundadores’. Recuerda la señora Lidia:

—La gente tenía sus coches, carretas o carretelas con caballos. Las celebraciones se hacían en octubre, aquí mismo en la plazuela, todos los años. Y cantaba la Martita. La Martita cantaba todos los años... ¿se acuerdan? Y un año salió reina la Elsa Marticorena; otro año la Norma, y también la Ema, la hija de don Ramón Olguín. Mi hermana Sole también estuvo de candidata a reina... ¡Uh-lá-lá! si estamos hablando del año ‘el cuete poh, m’hija, sí... a ver... mi hermana tiene 64 años y esos años tenía unos 16... cincuenta años atrás... ¡Imaginense! ¡Qué bonito! ¿Ah? Son bonitas las historias de los barrios.

32

El amor surgió, casi, como una fiesta. Como coronación de una historia adulta que necesitaba, por sus logros, celebrarse a sí misma. ¿Es que, por norma, todo tiempo pasado fue mejor? ¿O había algo más? Es preciso considerar, en este punto —pedestrementemente— que en esos años la situación económica era menos crítica. Los trabajadores tenían contratos estables, sueldos reajustables y sindicatos que los protegían; eso les permitía, como fue el caso de los mineros de El Teniente o de los que trabajaban en la Compañía de Electricidad, organizarse para comprar las parcelas que los dueños de fundo fueron vendiendo. Así construyeron sus propias casas. Es cierto que, para los que eran trabajadores por cuenta propia, como era el caso de los areneros del Sector Sur, el ingreso no alcanzaba para realizar por completo el sueño familiar (“yo empecé a recibir dinero —cuenta don Eduardo Cáceres— y yo pensaba que con ese dinero yo iba a solucionar todo... pero las cosas no han sido así; iba a comprar un vestido precioso para mi madre, y nunca pude cumplir eso...”), pero, al menos, la atmósfera general era positiva y el paisaje, abierto. Quizá es por esto que todos los ‘niños de entonces’ concuerdan en afirmar que esa época fue, en todos sentidos, mejor que la época que les toca vivir a los niños de ahora.

—Fue una época bien bonita —dice la señora Isabel— porque no había tanta locomoción, no había tanta bulla y tanta molestia como ahora. Tú atravesabas la calle con más tranquilidad; jugabas hasta tarde sin peligro de nada... Fue un tiempo bonito, era todo más tranquilo, se veía más dinero: entonces los gringos de la Braden Copper pagaban bien a sus trabajadores; ahora lamentablemente, con Codelco [Corporación Nacional del Cobre], ya no.

—Resulta que el cerro era libre —acota la familia Martínez Venegas— y uno iba y subía. Ahora no, está todo cerrado; tiene dueños. Lo cerraron porque pusieron unos animales. Eso no nos deja libertad: tienen una caseta con un portero que no deja entrar. Antes era libre. Sobre todo en el mes de septiembre, cuando uno iba a encumbrar volantines. Eran tradiciones que ahora se han ido quitando. Celebrábamos las fiestas de la primavera; habían candidatas, gymkanas, concursos de baile, maratones. Era lindo, pero aquí se acabó todo eso. ¡Se acabó! Ahora, en la población Las Tranqueras, para hacer algo, hay que hablar de política...

Lo mismo afirma Luis Muñoz: “Yo cacho que antes nosotros teníamos más espacio para recrearnos que ahora. Ahora hay poco espacio. Antes hacíamos combates en el río; si se juntaban hartos cabros, te estoy hablando de 20 o 30 cabros. Ahora no queda nada de eso, los cabros chicos están en otra”. A lo que agrega don Aurelio: “Anteriormente no había ningún problema: todos nos mirábamos como hermanos”, y la señora Lidia: “se van perdiendo las tradiciones; las familias son más chicas; aquí se casaban con los mismos de aquí, teníamos pololos cerca...”

Como quiera que sea el tiempo presente, las memorias que fueron acumulando e integrando los niños y jóvenes de antaño son todavía uno de los fundamentos sanos y sólidos sobre los que, después, se han ido agregando los recuerdos de las parejas jóvenes, de los “cabros chicos” de hoy y, no lo menos, de los “cabros jóvenes” que hoy llenan las calles de muchas viejas poblaciones. La sociedad civil popular del poniente y sur de Rancagua no podría entenderse ni explicarse sin la consideración de esta memoria fundante, que en este capítulo, pálidamente, se ha querido reconstruir y presentar.